

LOS VERSOS DE CORDELIA

112

Romancero de Luis Alberto




Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, mayo de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es

  @reinodcordelia  facebook.com/reinodcordelia



 www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Luis Alberto de Cuenca, 2026

Antología, edición y prólogo de © José Luis Garci, 2026

Ilustración de cubierta: © Miguel Ángel Martín, 2026

IBIC: DCF | Themas: DCF

ISBN: 979-13-87599-51-5

Depósito legal: M-12149-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

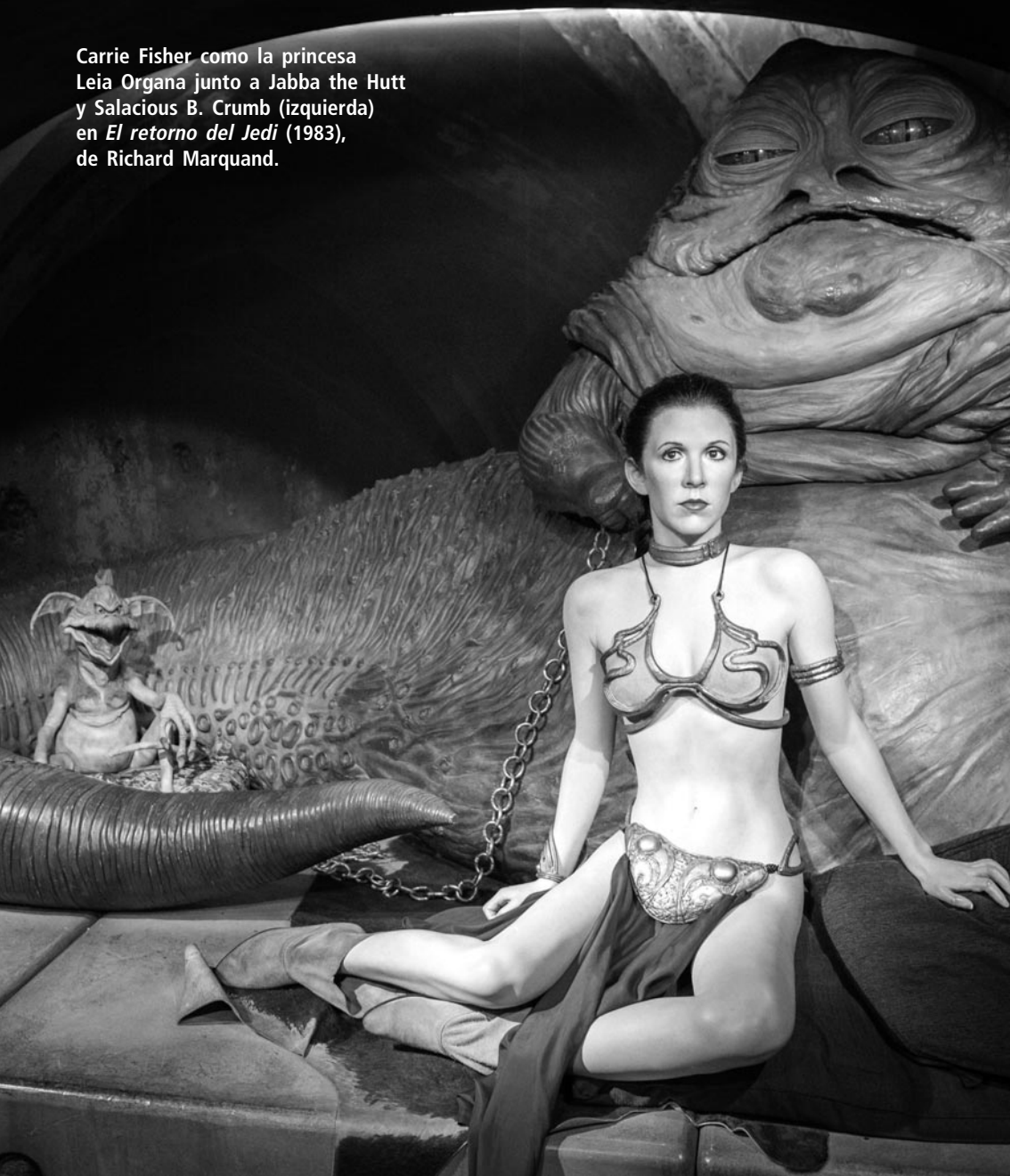
Romancero de Luis Alberto

Luis Alberto de Cuenca

Una antología Popsocrática
de José Luis Garci



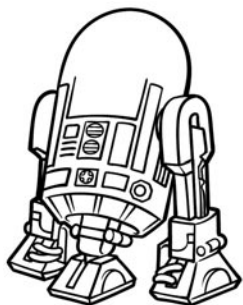
Carrie Fisher como la princesa
Leia Organa junto a Jabba the Hutt
y Salacious B. Crumb (izquierda)
en *El retorno del Jedi* (1983),
de Richard Marquand.



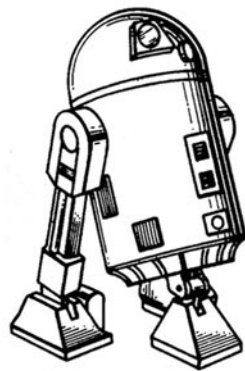


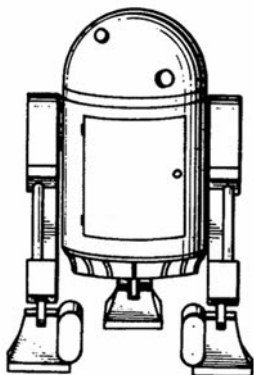
Índice

<i>Prólogo: 4 pasos por las nubes</i>	9
1. Kinéphilos y <i>pop</i>	11
2. Cuaderno de Luis Alberto	17
3. Bébetelo	23
4. L. A. (Notas para una exposición sin Mussorgsky)	27
ROMANCERO DE LUIS ALBERTO	31
<i>En tu pecho...</i>	33
El cuervo	35
Voy a escribir un libro	45
Ave María	47
Bébetela	49
Estoy aquí	51
<i>Star Wars</i> (1977)	53
Patinir, <i>El paso de la laguna</i> <i>Estigia</i>	51
<i>Memorabilia</i>	57
Soleá	59



Fe de erratas	61
Radiografía de la ausencia	63
Paseo vespertino	67
Me acuerdo de...	69
Contigo	71
<i>Esos montes gemelos...</i>	73
Durandarte	75
Mantegna, <i>El tránsito de la Virgen</i>	77
Sueño de Gimferrer	79
Releer	81
<i>El almendro y la espada</i>	85
Shakespeare y Rita	87
El abrazo	89
Cuando pienso en los viejos amigos	91
Nausícaa	93
La mujer de mis sueños	95
Verano azul	97
Sueño de Jorge Juan	99
Soneto del amor de oscuro	101
Mal de ausencia	103
La malcasada	105





El olvido	107
El desayuno	109
<i>Amour fou</i>	111
Conversación	113
Beatriz	115
La mentirosa	117
Cuando vivías en la Castellana	119
El otro barrio de Salamanca	121
Carta a los Reyes Magos	123
El increíble hombre menguante	125
Dios mío	127
<i>In illo tempore</i>	129
Noche de Reyes	133
Aparición	135
Besos contra la muerte	137
Mujer en llamas	
Botticelli, <i>Historia de Nastagio degli Onesti</i>	139
La manta	143
Firenze, 1970	145

Prólogo

4 pasos por las nubes



John Wayne, Dean Martin y Ricky Nelson
en *Río Bravo* (1959), de Howard Hawks.

I

Kinéphilo y *pop*

MI AMIGO Luis Alberto de Cuenca lee el griego y el latín con más facilidad que yo el *As*. Por eso, siempre le digo que es un kinéphilo y no un cinéfilo, como somos el resto de la banda. Luis Alberto es el único filósofo clásico kinéphilo que conozco, pues me da que el gran Rodríguez Adrados (su maestro y compañero en la Academia de la Historia), no le dedica mucho tiempo a Howard Hawks.

Conocí a Luis Alberto de leídas mucho antes que de oídas; lo intimé verso a verso, renglón a renglón. Su poesía, en primer lugar, despertó mis sentidos —como antes, en los sesenta, me había pasado con Gimferrer, otro cinéfilo de alzada—; la poética de Luis Alberto, decía, tras invadir mi percepción, rodeó mis recuerdos (y mis falsos recuerdos) con aromas cálidos, como de horno de pan, que parecían envueltos en esos colores que fabrica el Egeo al atardecer, los justamente famosos naranjas subidos. Cuando nos vimos por primera vez el kinéphilo y yo, fue un flechazo. Y ya no hemos paramos de hablar, de tebeos —lo de «cómics» nos

suena muy intelectual—, y de películas B de ciencia ficción, de *péplums* y Maciste, de veranos y libros (*Drácula*, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, *El Aleph*), en fin, de Sherezade y otras chicas malas.

El placer textual que me había producido leer a Luis Alberto resulta que era exacto al placer gramatical que transmitía su charla, ligera como *La viuda alegre* de Lubitsch, sencilla como los programas de mano que se repartían en los cines de barrio, e igual de radiante que sus poemas amorosos, tan alegres y, a la vez, tan melancólicos. Todo recordaba aquellas primeras Coca-Colas, las de sabor original.

Luis Alberto estudió en el Pilar, pero yo creo que todo lo aprendió en Olimpia, no la película de Leni Riefenstahl (que también es estupenda), sino donde estaba la policromada estatua de Zeus, una de las siete maravillas del pop, entre Lichtenstein y la pedrería *kitsch* de *El ladrón de Bagdad*. Me han secreteado que se pasaba las tardes de competición —agón, diría él— escuchando a Píndaro, para luego, punzón en mano, acribillar las tablillas de cera con sus poemas color miel, con sus palabras que respiran Mediterráneo a pleno pulmón, con algo de la nostalgia de Homero y ese leve desengaño de los cuadros de Velázquez.

Yo juraría que la poesía de mi amigo es una recreación melancólica de su infancia, en la que se mezclan, como en la perola de las brujas de *Macbeth*, Walt Disney y *La guerra de las galaxias*; o *Fantomas*, de Feuillade, en realidad todas las narrativas nacidas en los folletines de los periódicos, con *La pequeña Dorrit* a la cabeza. Y no debe extrañarnos

que a nuestro poeta pop le entusiasme, además del *popsicle*, Fritz Lang, pues *Los nibelungos* (1934), además de ser una obra maestra, anticipa precisamente, ya digo, el pop, o lo pop, de las mitologías. Otros compañeros de viaje de Luis Alberto son los *gangster's films* de los treinta (*Scarface*) y el señor Rice Burroughs (la saga marciana en su totalidad), sin olvidarnos de Stella, la morenita novia del inspector Dan, de la Patrulla Volante de Scotland Yard. Quiero decir que Luis Alberto es *pulp fiction*, él y sus versos, tan modernos y jóvenes ambos como Little Nemo.

Otra cosa. La poesía épica y profana de Luis Alberto, incluso la teatral o litúrgica, o la erótica (la que más me gusta), contiene el mundo que le rodea, desde luego, aunque (y de ahí su actualidad y resistencia), enmascarado en viñetas, sin solemnidad, nada de cursivas, no, apenas con las letras claras y las onomatopeyas reglamentarias de *El Guerrero del Antifaz* o *Las aventuras del FBI*. Una poesía (*L. A. Confidential*, la llamo yo), en fin, alumbrada con los colores estimulantes de los álbumes de cromos, es decir, tintada de lo más inesperado. Así, el desamor lo convierte Luis Alberto en el «sinamor» que habitamos antes del fognazo del enamoramiento. En el limbo. Nunca en el infierno o el purgatorio del amor. Para abreviar: Luis Alberto es el mejor poeta que conozco nacido en los años cincuenta y después. Lo que más llama la atención es que ni él ni sus versos quieren superar a nadie, ni envidiar a nadie. Cuando paseamos algunas mañanas por el Retiro, me parece que camino

junto a un filósofo clásico, Antístenes o Epicuro, sin túnica ni sandalias, pero con idéntica intuición de los que enseñaban a ir tirando por la Acrópolis o Alejandría.

Luis Alberto sabe de tebeos tanto como Luis Gasea; de Sherlock Holmes, lo mismo que Eduardo Torres-Dulce; de historia de España casi como don Marcelino; de sonetos y de novela policíaca, igual que Manolo Alcántara y Fernando Sánchez Dragó; y de Bradbury, más que yo.

Leer a Luis Alberto me hizo cosmopolita y snob en la peor acepción del término. Conocerlo me ha hecho más bueno, y ya sé que parece un imposible, pero sí me ha vuelto más niño. Cuando doy vueltas a su lado por el Paseo de Coches o a la Rosaleda, tengo la impresión de ser un chaval de doce años, como cuando mi inolvidable Alberto (Elías) y yo pateábamos alrededor del Estanque hablando de las chicas por las que bebíamos los vientos y de lo que nos gustaría ser de mayores. Con Luis Alberto es al contrario; lo que comentamos es lo que querríamos haber sido de pequeños. No sé afirmarlo con más propiedad, sé que lo digo atolondrado, torpemente, pero es que no sé teclearlo mejor: lo que pretendo secretaros es que L. A. es un chico travieso dentro de un hombre bueno, un tipo que tuvo claro desde su infancia que no hay Artes de perfil bajo o alto, que no hay Artes sacralizadas. Que los artistas no son únicamente Picasso o Wagner, sino también Sinatra o Hugo Pratt. Y que todo eso está dentro de sus poemas.

Recuerdo que en la copa que nos ofreció día de su boda con Alicia, Alice, Alicita, esa bruja hada que llegó a sus brazos directamente de Wonderland, fiesta y tarta que celebramos en el salón Puerta del Sol del Casino de Madrid (¿octubre de 2000?); bueno, pues aquella noche Luis Alberto era Tintín viviendo su aventura más apasionada —sniff, sniff—, a punto de llorar de felicidad. De haberlo pensado un poco, sus amigos tendríamos que haberles regalado a los novios los trajes del Príncipe Valiente y Lady Aleta, diseños de Harold Foster.

Hace poco, se presentó en la radio con la *lightsaber* (espada de luz) de Darth Vader. Toda la redacción de esRadio, ellas y ellos, se volvió loca al verlo blandir el sable, que cambiaba de luz a cada mandoble. Parecía la mañana de Reyes. Los de Informativos y los de Deportes, con Polvorinos y Dieter a la cabeza, bramaban de alegría, y poco a poco se transformaron en Luke Skywalker o la princesa Leia, según, jugando con la espada mágica, uno de los más prodigiosos iconos de nuestra era.

Y es que Luis Alberto sabe latín. Y griego. Más aún que los peces que surcaban el Mare Nostrum en el Nautilus, con Kirk Douglas y James Mason en busca de infancias perdidas.

Revista *Litoral*, 2013

2

Cuaderno de Luis Alberto

EL 23 DE OCTUBRE DE 2013, miércoles, Luis Alberto de Cuenca no quiso ver conmigo el partido entre el Real Madrid y «la» Juventus, Fase de Grupos de la Copa de Europa (ahora Champions League, para los menos fogueados), porque, me dijo, tenía que entregar *ya* la nota de introducción a su libro *Cuaderno de vacaciones*, un volumen editado por Visor —acaba de salir— que recoge los poemas escritos por Luis Alberto durante los veranos de 2009 a 2012. Lo cierto es que agosto suele ser muy beneficioso, en todos los sentidos, para el autor de *La caja de plata*. Doy fe de su buen humor matinal alrededor de la piscina, jamás en bañador, sino vestido para leer: pantalón vaquero, camisa de manga corta y las alpargatas de toda la vida, que, por cierto, se han puesto otra vez de moda.

La jornada del poeta arranca con la lectura de unos cuantos tebeos, clásicos y modernos; luego, elige casi siempre una novela de ciencia ficción o una saga de espadas y brujería, y de ahí pasa a entretenerse

con Homero y Catulo, en sus respectivas lenguas, naturalmente, que para algo es doctor en Filología Clásica y Premio Nacional de Traducción. Al tiempo que lee, y casi de manera inconsciente, apunta en un pequeño bloc (con «ce») ideas para un futuro soneto o, sin más, un verso breve como aquel que dedicó a las mujeres (y tanto alboroto armó): «Mira que las deseo. / Y qué poco me gustan». Después se da un par de baños, gimnásticos más que nada, que le sirven de rehabilitación para sus problemas de espalda, tras haber cambiado, eso sí, el vestuario de lectura por algo parecido a un «Meyba». Y a la mesa. Luis Alberto, come siempre muy concentrado, más todavía que cuando escribe. A la hora de *il pomeriggio*, se retira; no para echarse la siesta, sino a pasar a limpio, al Mac, quiero decir, lo mucho o poco que haya dado de sí la mañana.

Sin retroceder al *Antiguo Testamento*, confesaré que supe de Luis Alberto de Cuenca, ya lo he comentado en varias ocasiones, por leídas antes que por oídas. Empecé a intimar con él a través de los misteriosos renglones de *Elsinore*, y, sobre todo, con sus dos siguientes libros, *Scholia* y *Necrofilia*, que me produjeron un estremecimiento similar al que sentí al descubrir *La muerte en Beverly Hills*, esa joya de Gimferrer. Quiero decir que cuando lo conocí —aquellos días en que gobernaba la Biblioteca Nacional—, Luis Alberto formaba ya parte de la docena de mis poetas españoles preferidos del siglo XX,

junto a don Antonio y Federico, Juan Ramón, Cernuda y Rafael de León, Aleixandre, Claudio Rodríguez, Ángel González, Manolo Alcántara, Gil de Biedma y el citado Gim.

A raíz de nuestro primer flechazo —compartíamos un taxi camino de una reunión de jurados o una entrega de premios, no recuerdo muy bien—, comprobé que el placer textual que me habían proporcionado los libros de Luis Alberto era exacto al placer gramatical que transmitía su charla, una conversación tan ligera y divertida como *Cantando bajo la lluvia*, igual de sencilla y directa que los *péplums* de Cottafavi y tan inteligente y melancólica como sus poemas de interiores. (Es curioso, pero si no se hubiera casado tan pronto su hermana María Jesús, los padres de Luis Alberto nunca habrían convertido la habitación de su hija en un cuarto de estudio para el joven bibliófilo. Ahí, en aquella estancia vacía aunque aún con la resonancia de las risas y canturreos de la chica, nacería un poeta romántico y desolado, burgués más por recuerdos que por cuna, un paladín de la reina Ginebra que instaló Camelot en el barrio de Salamanca de Madrid, un filólogo tan atractivo y simpático como Burt Lancaster en *El temible burlón*).

Leyendo *Cuaderno de vacaciones*, hasta hoy, para mí, su libro más sabio, más emocionante, más seductor, también el más trágico —Luis Alberto es otro místico descreído—; tratando de leerle «el

pensamiento» a *Cuaderno de vacaciones*, repito, he podido apreciar, con mayor claridad que otras veces, que los versos color miel de mi amigo (que saben a los canutillos que le comprábamos al barquillero del Retiro los domingos: seis tiradas una peseta), he sentido, decía, que cada palabra del *Cuaderno* —como toda la obra de Luis Alberto— no es sino la recreación melancólica de su infancia. Por tanto, certifico que ha sido escrito por un niño encerrado en el cuerpo de un filósofo de la Antigüedad, un niño cobijado dentro de una viñeta de Alex Raymond, por una persona, en fin, que versifica nada menos que desde la complejidad, que anhela la convivencia y propaga cierto desengaño difícil de percibir, como el de los cuadros de Velázquez o Vermeer. Es decir, que la infancia de mi amigo siempre transcurre en medio de fines de siglo. A veces, entre el final del II Imperio y el comienzo de la I Guerra Mundial.

En una de las páginas más brillantes del libro, Luis Alberto nos secretea que últimamente ya no protagoniza sus sueños, que poco a poco ha ido transformándose en un personaje secundario de sus duermevelas, en un «actor de reparto», como el mayordomo de aquellas comedias de Kate Hepburn que siempre acababan en Connecticut, en las que la propia Kate solía presentarse a desayunar con ropa de montar. Eso proclama Luis Alberto: que de ser el Capitán Trueno ha descendido al papel del cocinero chino en las

películas de piratas. No me lo creo. No, después de leer que su autor sigue soñando con leones y con esas chicas del Walhalla de piernas kilométricas, y que sigue citándose para comer en «Mallorca» de Velázquez con Stella, la novia morenita del Inspector Dan. A través de los versos acanalados e insomnes de L. A., presiento a Zoraida, aquella Sarita Montiel en la que el Guerrero del Antifaz jamás reparó; y a Teodora, en su palco presidencial del Hipódromo de Bizancio, y a Semíramis y Sherezade y, sobre todo, a la doncella rubia de *El señor de la guerra*, Bronwyn, la Rosemary Forsyth que tanto amó Cirlot. Para todas las damas, recordadlo, escribió Luis Alberto el más hermoso elogio del sujetador del que se tiene noticia en Oriente y Occidente, tan imitado luego por Belcor, incluso por Wonderbra.

Me fascina *Cuaderno de vacaciones* porque es popular y culto, porque no hay que descifrarlo, porque es poesía que se comprende sin esfuerzo, que te llega tan amistosamente como el álbum de *Yellow Submarine*, de los Beatles, o sea, un resplandor de colores estimulantes, esperanza a raudales. Porque *Cuaderno* es una nueva revisitación al Pop, un Dry Martini a base de Lichtenstein y Cavafis, una gota de Patinir y un golpe de Paolozzi. Unas páginas escritas en CinemaScope, un libro de exteriores, como *Hatari!*, en el que están presentes, además de la *kinophilia* de su autor, Ezra Pound y Magritte, Douglas

Sirk y Bram Stoker, Homero y Fritz Lang, la novela gótica y la novela negra, Walt Disney y Friedrich, la literatura fantástica y la *pulp*.

Ahora entiendo las prisas de mi amigo aquella tarde de otoño por ponerle unos párrafos emotivos a su nuevo libro de versos nada sueltos, sino «versos trailers», sí, versos como los *trailers* de las películas: avances de vida. Ahora comprendo por qué me dejó solo viendo a «la» Juve contra el Madrid, su equipo del alma.

De verdad, *Cuaderno de vacaciones* es tan sexy y moderno como Kate Moss o Manhattan; como *Vértigo*, de Hitchcock, o Tintín; como Sinatra, la botella de Coca-Cola (y la Coca-Cola) o las Callas; como un billete de cien dólares o la portada de Peter Blake para *Sgt. Peppers Lonely Hearts Club Band*, por citar unas cuantas maravillas de nuestro tiempo. Espero, y termino, que esta obra muy pronto sea traducida al latín, «*Temporum vacantium libellus*», o algo así. Luis Alberto me ha confirmado que no hay eterno retorno sino eterno presente, tanto como eso, y que todo lo bueno que permanece se lo debemos a sus colegas los poetas. No diría yo que no.

Y si hay que arriesgarse, ahí voy: apuesto cinco a uno a que la poesía de Luis Alberto de Cuenca, igual que las estrellas de rock, no va a envejecer. Mira por dónde, mi amigo es el primer poeta pop-socrático, además de un Omar Khayyam abstemio.

(2014)

3

Bébetelo

TODOS LOS LUNES, a eso de las doce, Luis Alberto me recoge en un taxi y nos dirigimos a esRadio, en la calle Juan Esplandiú, donde grabamos *Cowboys de medianoche*. Tras el «Hola, buenos días», el abrazo o el beso, comentamos eso que se llama la última hora de la actualidad. Últimamente, mi amigo tiene un atractivo proyecto entre manos, nada menos que la traducción de *El cantar de Roldán*, con destino a Reino de Cordelia, la editorial de nuestro común amigo Jesús Egido. Como muy acertadamente dice L. A., ¿no es la mejor noticia que los poetas traduzcan poesías? (Acordaros de que Juan Ramón nos regaló, en un castellano de oro, al hoy olvidado Tagore).

También, y antes de comenzar la grabación de *Cowboys*, el bardo y yo charlamos por los codos de fútbol, de tenis, de películas, de tebeos, de libros y, en fin, de esa cosa tan manida que llamamos la vida.

Muchas veces he comentado que no puedo leer de un tirón la poesía del genio. Y es verdad. Siempre me detengo en una palabra, o en varias, que me hacen pensar, imaginar,irme a no sé muy bien dónde. Para esta antología tan personal, he seleccionado 50 poemas (50, 1950, es el año en que nació L. A.), y aviso que quizás no sean «los mejores», los del canon, sino los que a mí me llegan más, los que más me gustan, los que me impresionan cada vez que los revisito —que diría Fitzgerald—; repito, los que más me divierten, turban, inquietan o conmueven. Y sí, es cierto que 50 son pocos. Me he quedado con las ganas de elegir el doble, o el triple.

En serio. Me parece que todavía nos falta perspectiva para calibrar el talento creativo e innovador de Luis Alberto de Cuenca. Estoy convencido de que cuando pasen unos años, tampoco muchos, aunque ni él ni yo creo que lo veamos, este poeta madrileño del Barrio de Salamanca alcanzará un reconocimiento esplendoroso en eso que se conoce como las *Letras españolas*. Luis Alberto ya está ahora mismo, y no solo para mí, jugando en la misma Liga de Luis Cernuda, Gil de Biedma, Pepe Hierro, Ángel González o su querido Gimferrer. (No olvidemos que ningún otro país ha dado mejores poetas que España en los siglos XX y XXI, Lorca, los Machado, Juan Ramón, Aleixandre [al que tantas veces vi, a través de la verja, sentado ante un libro

en el pequeño jardín de su chalecito de Miraflores de la Sierra, en la carretera de Rascafría, aquellos veranos eternos de mi infancia, mediados los años cincuenta...], Manolo Alcántara, Rafael de León, hasta el *Romance de la Infanta Isabel*, de Rafael Duyos, sobre todo recitado por el actor y rapsoda Alejandro Ulloa.

L. A. es un poeta urbano, es decir, *flâneur*, clásico y moderno en la misma página, que ama por igual a la Afrodita que taconeaba en el Olimpo agitando un Dry Martini de Balmoral, que a la princesa Leia que no para de viajar en naves espaciales con la naturalidad de quien navega por el Metro.

Mi amigo disfrutaba tanto con los cielos de Oz como con los de Dalí. Al leerlo, y os lo juro por Ezra Pound, en varias ocasiones he visto caer lluvia sobre su corazón de chocolate, como el de Ray Conniff. Por ello, muy pronto supo —ahí están sus trovas color limón— que la vida, verso a verso, se va haciendo dolorosa.

Lo que sí he notado, tras el último repaso a su *ópera omnia*, es que mi hermano parece que escribe hacia fuera, pero no, siempre lo hace por dentro. Por dentro de lo más dentro. En un endecasílabo, atracado de veraneos, como aquellos de Pozuelo, Luis Alberto se sacude toda una niñez llena de tebeos, libros, canciones y vida. Y es el poeta más pop del movimiento Pop Art, porque cualquiera de sus rimas naranjas podríamos convertirlas en anuncios publicitarios como los que

veíamos en los autobuses de dos pisos que salían en *Las chicas de la Cruz Roja* o *El día de los enamorados*.

Después de leer «El desayuno», ¿no pensáis en *Woman in bath 1963* de Roy Lichtenstein?

Bébetelo. A L. A. hay que bebérselo.

Hawks, Botticelli, la camioneta Chevrolet 3100, Plotino, «Mallorca» de Velázquez, la editorial Bruguera, Flash Gordon, Catulo, el Cream-sicle y por ahí.

(2026)

4

L. A.

(Notas para una exposición sin Mussorgsky)

L. A. ESTA VEZ no es «Elei», hermano con el que paseo, desde hace décadas, *por el camino verde y por las calles del tiempo*. Igual que Juan Ramón Jiménez se convirtió en *Juan Ramón*, Luis Alberto de Cuenca evolucionó pronto a *Luis Alberto*, hoy por hoy, el mejor poeta de su generación, que es también un poco la mía.

La cosa es que, en lejanos tiempos, avisé a la afición que L. A. era el gran bardo *popsocrático* desde los sensuales días de Epicuro. Más allá de su pasión por los tebeos, desde *El Guerrero del Antifaz* a *Diego Valor* o *Flash Gordon*, sin olvidar a *Mandrake*; y más todavía que su entusiasmo incontrolable por Shakespeare y Howard Hawks, por Borges y *Los nibelungos* de Fritz Lang; por encima de su fervor a Lichtenstein y a la Venus (Ava Gardner) con tacones de quince centímetros y sujetador verde como el de *Irma La Douce*; más que

nada, mi amigo L. A. padece de ese mal que no tiene cura: la locura, la misma demencia de los dioses del Olimpo, la de Zeus, Apolo y Hefesto, sin ir más lejos. Un frenesí que le hace visitar a diario la Atenas de Pericles y los Campamentos de invierno de Marco Aurelio, tan nevados, donde Alec Guinness escribe de madrugada sus *Meditaciones*. Por eso, el latín y el griego (el griego de Danone, diría él) son sus lenguas maternas. El Partenón y el Panteón.

Os prometo por Cavafis que L. A. habla a diario con Catulo y Rod Laver. Por cierto, no conozco nada más parecido a los poemas amorosos de mi amigo, que las legendarias finales de Wimbledon. Los versos de L. A. son un continuo carrusel de saques y restos; y nunca un revés, ni siquiera de Federer.

SAQUE

Se nos salía
el amor por el borde
de nuestras copas.

RESTO

Viajar a Marte
o al cuarto de la plancha.
Pero contigo.

He visto escribir muchas veces a L. A., medio tumbado sobre su teléfono móvil. Si te fijas bien, lo que ves es un niño dentro del cuerpo de un hombre, o varios niños. Niños que apenas dan la lata y se mueren por ir a las heladerías, otra de las obras maestras del Pop Art de los 50's; son como neveras abiertas de colores. Y también L. A. es de esos hombres que oyen en soledad a Dinah Washington a las diez de la noche.

Un secreto. Aquellos niños sufrieron un desengaño amoroso. Para curar el mal de amores, su padre les recetó Florencia. Nada de inyecciones de calcio, nada de complejos vitamínicos, solo aplicarse gotas de Lubristil del Arno en ambos ojos, por las mañanas, antes del desayuno en ese *caffé* que hay junto a la Galería de los Uffizi. En una semana, el colirio destruyó las lágrimas y dio paso a miradas nuevas que descubrieron miradas mágicas, llenas de bondad y talento, una combinación que incluso supera la mezcla divina del Dry Martini.

Ah, confieso que jamás he podido leer de un tirón ningún poema de mi amigo, siempre me detengo, conmovido o divertido, en un renglón antes del final. En fin. La poesía de L. A. huele tan bien como las tiendas de antigüedades que había alrededor de la Carrera de San Jerónimo y el Ateneo cuando yo era un niño y jugaba en los Jardincillos de Cervantes frente al Congreso.

Así que, L. A., brindemos por tu Expo, tan necesaria. ¿Cola Cao calentito o un Nesquik fresquito?

Como le decía Cary a Grace en *Atrapa a un ladrón*, aunque no en latín, *tu iubes*.

(2026)

Romancero de Luis Alberto



Osgood Perkins, Paul Muni y Karen Morley en
Scarface (1932), de Howard Hawks.

EN TU PECHO, en la arena
en el agua, en el viento, en la corteza
de ese árbol, intento escribir *siempre*
y una mano invisible escribe *nunca*.

[*La mujer y el vampiro*, 2010]

☛ (Así viven los personajes
de tu querido David Lynch).

El cuervo

UNA NOCHE de un frío diciembre, me encontraba solo en mí biblioteca, pensativo, tan solo que ni los viejos libros ni los mil cachivaches que abruman los estantes me hacían compañía, tan solo como un náufrago después de la tormenta, como un tucán en medio del desierto de Gobi, como un tigre en el Congo, como un ornitorrinco en Siberia. Muy solo, muy cansado, hecho polvo, sin ganas de vivir, paseando la mirada sobre un libro de Dover con *The Raven* de Poe.

Un libro que incluía las estremecedoras, formidables, siniestras, locas ilustraciones de Gustavo Doré, y que justificaba por eso su existencia, porque era una edición

vulgar, sin interés, de esas que sobreabundan en los expositores de los VIPS. (Recordé haber leído también la traducción francesa, hecha por Mallarmé, del poema de Poe, y fui en su busca. Nada. Ni rastro de ese libro: lo había extraviado para siempre jamás).

Tuve que conformarme con la edición de Dover y sus extraordinarias estampas de Doré. Fui pasando las páginas como si aquello fuese un incunable, absorbo en las estrofas mágicas de aquel a quien Ramón llamó «genio de América» en una biografía exquisita y absurda que publicó en Losada hace un montón de años y que tuve y no tengo manera de encontrar. (No sé qué harán ustedes cuando pierden un libro: yo me sumo en un pozo de oscuridad atroz).

Basta de digresiones. Les contaba que un día —una noche, más bien— de un gélido diciembre, me encontraba sentado en un sillón de orejas,

rodeado de libros, solísimo en el mundo,
hojeando *The Raven*, el poema de Poe,
en una edición ruin a la que rescataba
del desastre Doré. Pues bien, seguí leyendo
en voz alta y despacio, paladeando las sílabas,
la inigualable música con que engarza el poeta
las perlas de su duelo y de su malestar.

En las noches de insomnio las sombras tienen alas,
como el cuervo de Poe. Vienen desde muy lejos
a anunciarnos que nunca volveremos a ver
a nuestra amada muerta, por mucho que busquemos
en las fotografías de entonces, en las calles
de Madrid, despojadas de sus ovulaciones
y sus cambios de humor, de su tibia dulzura
(cuando la desplegaba), de sus ojos (¡sus ojos!),
de sus delicadísimas orejas de soplillo,
de su tierno, silvestre, nutricio corazón.

En las noches insomnes de diciembre —el catorce
murió— las sombras tienen alas negras de cuervo

Boris Karloff Bela Lugosi
en *El cuervo* (1963),
de Roger Corman.





que invitan a viajar por el espacio libre,
por ese cielo azul que no es azul ni es cielo
(que diría Argensola), y surcar las etéreas
salas rumbo a la playa donde tanto lloramos
una tarde de agosto, sintiéndonos vencidos
por el amor y por sus trágicas ficciones,
indefensos, inermes ante las crueldades
del deseo, juguetes en manos del azar.

Pero no solo hubo llanto y desvalimiento.
Recuerdo aquella torre frente al mar como un símbolo
de la complicidad. Desnudos como ángeles
triumfantes, en los muros del desván escribíamos
frases como «El invierno de nuestra desventura
se ha transformado en un maravilloso estío»,
«La ciudad es mi selva», «Yo voy mucho más rápido
que tú, mucho más lejos», «Ama y haz lo que quieras»,
«Todos esos momentos acabarán perdiéndose
como lágrimas en la lluvia», «¿Quién soy yo?».

Con qué las escribimos no lo sé. ¿Fue con sangre?
La verdad es que ambos teníamos de sobra
para dar y tomar. Luego tú acabarías
vaciándote de todo. «Estaba tan oscuro
que me bañé en tu luz». «En mi cuarto he colgado
los retratos de otras porque no tengo el tuyo».
Y las cartas, las cartas, obsesivas y tórridas,
avivando la hoguera de la pasión, quemando
los bosques a su paso e incendiando las mieses.
Aquellas cartas-bomba que no sé dónde están.

Montaigne hizo pintar en las vigas del techo
de su castillo, cerca de Burdeos, las frases
que le habían gustado más. Tú me lo contaste
en una carta ardiente, suspicaz, quebradiza,
donde, además de sexo, me dabas argumentos
para justificar las paredes pintadas
del desván, en la torre de nuestras entelequias,
cuando éramos felices y aún no habías cruzado
el espejo maldito, dejándome sin brújula,
sin *Lebensraum*, sin norte, sin aire, sin amor.

En las noches de insomnio me invade tu perfume
como una vaharada fantasmal, y lo aspiro
como si fuera polvo de silencio y de ruina
y, a la vez, como un tiro de insondable placer
que, como el *Ewigweiblich* de Goethe, me conduce
al cielo, donde tú vives eternamente
y donde viven tipos como Borges y Tolkien,
y Shakespeare y Alex Raymond, y Hawks y Milton Caniff,
y Stevenson y Ariosto, y Potocki y Cazotte,
y chicas como Mae West y Hedy Lamarr.

Ha llegado la hora, en esta noche helada
en que solo me tiende la mano el viejo Poe,
de salir de este pozo de soledad. Al cabo,
como dijo Izaak Walton, «buena ha sido la juerga
que no obliga a mirarse con vergüenza unos a otros
la mañana siguiente». Y así fue nuestro baile,
al ritmo del tam-tam de los pigmeos *bandar*
de la Selva Profunda. Una danza de muerte
y destrucción y, al tiempo, un sutil bamboleo
al compás protector de la imaginación.

En la primera lámina de Doré se distingue a un hombre devorado por unos cortinajes que intenta descorrer y que operan a modo de telón de teatro, con un cartel arriba, a la izquierda, que pone *Nevermore*, y en la parte derecha, un esqueleto y un cuervo con las alas desplegadas. En tales disecciones me hallaba cuando el cuervo saltó del papel a mis brazos, en busca de emociones nuevas, pues se aburría mortalmente en el libro. Y graznó: *Nunca más*.

[*El reino blanco*, 2010]

- En 1963, Roger Corman volvió a engancharnos al viejo Poe. Vincent Price, Peter Lorre, Boris Karloff..., en colores de tonalidad cosecha, cortinas burdeos, sillones de oreja de cuero negro y suaves *travellings*, nos mostraron la vida en sombras, el insomnio y los peligros de diciembre. No olvidemos que Corman —como Edgar— tenía rayos X en los ojos.

Voy a escribir un libro

V OY A ESCRIBIR un libro que hable de las (poquísimas) mujeres de mi vida. De mi primera novia, que me enseñó el amor y las puertas secretas del cielo y del infierno; de Isabel, que se fue al país de los sueños con el pequeño Nemo, porque aquí lo pasaba fatal; de Margarita, recordando unos *jeans* blancos y unos lunares estratégicamente dispuestos; de Ginebra, que dejó a Lanzarote plantado por mi culpa y fundó una familia respetable a mi costa; de Susana, que sigue tan guapa como entonces; de Macarena, un dulce que me amargó la vida dos veranos enteros; de Carmen, que era bruja y veía el futuro con ojos de muchacho;

de la red que guardaba los cabellos de Paula
cuando me enamoré de su melancolía;
de Arancha, de Paloma, de Marta y de Teresa;
de sus besos, que izaron la bandera del triunfo
sobre la negra muerte, y también de su helado
desdén, que recluyó tantas veces mi espíritu
en la triste mazmorra de la desesperanza.
Voy a escribir un libro que hable de las mujeres
que han escrito mi vida.

[*Por fuertes y fronteras*, 1996]

☛ Teresa tenía la cara de Pier Angeli, ¿verdad?